



romano-bizantino. San Vital, exteriormente es una construcción de ladrillo, cuya mezquindad y monotonía no interrumpen frisos ni perfiles; pero en cuanto se entra, aparece hermoso como un sueño oriental: es regularmente octógono, con dos galerías sobrepuestas que sostienen la cúpula circular, y de las cuales la inferior se apoya en ocho grandes pilastras, revestidas de mármol griego y egipcio, y en catorce columnas de mármol griego veteadas; además, cada parte está adornada de restos antiguos, especialmente del anfiteatro, y con buenos mosaicos: estas pinturas de mármol decoran los contornos de las puertas, ventanas y altares en todos los edificios de aquel estilo.

El cercano monumento de Gala Placidia, consagrado á San Nazario y San Celso, está construido en figura de cruz latina, y tiene en el centro el altar formado por tres grandes mesas de alabastro oriental, apoyándose la horizontal en cuatro columnas pequeñas. Es también un cuadrilongo de tres naves San Apolinar el Nuevo, que mandó construir Teodorico, y se conoce en él enteramente el estilo bizantino, con mosaicos, sepulcros, inscripciones y obras de alabastro, de pórfido, de cipolino, de mármol de Paros y serpentino; lástima que semejante edificio haya sido echado á perder por los bárbaros, y quizá aún más por los restauradores. En la misma ciudad, desde el año 417 se había terminado el templo de Santa Agueda, cuyas tres naves están sostenidas por veinte columnas de granito, cipolino y gris oscuro; pero todo, excepto la planta, fué mudado. Sólo una pequeña cruz recuerda á San Lorenzo in Classe, edificado en tiempo de Honorio y destruido en 1553; San Apolinar in Classe, obra perteneciente al año 534, ha sido renovado enteramente, excepto el santuario, que es de mosaicos.

No se edificaba sólo en los países romanos; la piedad religiosa construía edificios en todas partes, y lo que hemos visto en las letras se reprodujo en la arquitectura, que se convirtió en sagrada; de suerte, que el saber escribir, iluminar y esculpir bien era un medio de alcanzar las primeras dignidades eclesiásticas y hasta la beatificación. Leon fué promovido al

obispado de Tours por su habilidad en construir la armazón de los edificios; San Eloy, al de Noyon por su talento como platero y cincelador; y en razón de los símbolos, el arte de edificar era considerado como una atribución sacerdotal. Habiendo convertido un santo eclesiástico á algunos idólatras cerca de Bourges, los ordenó de sacerdotes, y les enseñó la liturgia y el modo de construir iglesias. La misma palabra *edificar* trasladada al sentido moral, nos indica que la ciencia arquitectónica llevaba consigo el mérito de costumbres ejemplares. El obispo Epifanio hizo fabricar la catedral de Pavia, el obispo Eufasio la basílica de Parenzo en Istria, adornada con muchos mosaicos (540); otros el monasterio y el templo de Monte Casino, las iglesias de Nápoles, de Luca, de Siponto y de Florencia; no hubo quizá un sólo papa que dejase de disponer alguna construcción.

También los reyes longobardos ordenaron gran número de ellas. Teodolinda hizo fabricar en Monza el palacio y la iglesia de San Juan; su hija Gundeberga, mandó erigir otra iglesia al mismo santo en Pavia, donde Ariperto levantó otra en honor de San Salvador (660); Grimoaldo fabricó la de San Ambrosio, Pertarito el monasterio de Santa Agueda del Monte, y Santa María en Pértica (675), Luitprando á San Pedro *en cielo de oro* (772), y el baptisterio polígono, que pertenece á la basílica de San Estéban en Bolonia. Se deben á Cuniperto la iglesia de San Jorge en Coronato, donde había alcanzado una insigne victoria, á Desiderio la de San Pedro de Civate, Santa Julia de Brescia, y los monasterios Mayor y de San Vicente en Milan, y á Grimoaldo la rotunda de la antigua catedral de Brescia.

Se consideran también como de aquel tiempo á San Pedro *de domo* en Brescia, San Hilario en Stafora cerca de Voguera, San Zenon y la catedral de Verona, y principalmente San Miguel de Pavia. No es este el lugar de discutir si las iglesias que existen bajo estos nombres son las mismas que se construyeron en la época longobarda, ó hasta qué punto fueron después modificadas; pero todas en los planos se parecen á las construcciones que estaban en



uso al fin del imperio. Sin embargo, su distribución exterior, en particular la de las fachadas, el estilo de los capiteles, con figuras de hombres y de animales rarísimos, las pilastras de estribo, las columnas delgadas, extendiéndose desde el pavimento hasta la cúspide del edificio, pasando de un plano á otro sin interrupciones de arcos, de bovedillas ó de cornisas, indican un nuevo orden de arquitectura, que luego se hizo general. En San Zenon de Verona, las naves están separadas por columnas con capiteles formados de animales monstruosos que sostienen pequeños arcos redondos, y encima de ellos un muro con ventanas, en que estriba el techo; pero en lugar de un sólo grande arco triunfal que separe la nave del santuario, varios arcos pequeños apoyados en columnas dividen la iglesia en toda su anchura. En derredor de la cripta hay columnitas, dispuestas al tresbolillo, con capiteles lombardos y arcadas redondas, que sostienen el pavimento del magnífico santuario, el cual comunica con la nave por medio de doce escalones, tan anchos como la iglesia. Á la catedral de Rávena, fabricada por San Orso en 540, está unido un baptisterio, quizá de la misma época; se compone de dos círculos, cada uno con ocho arcadas, de los cuales el ménos alto descansa en columnas de capiteles corintios bastante toscos, que sostienen una cúpula formada de los antedichos tubos vacíos de barro cocido.

Un monumento, que probablemente es el único que se conserva sin alteración por la parte interior, es San Fridiano de Luca, del cual se hace mención en pergaminos referentes á los años 685 y 86, como restaurado por Flaullon, mayordomo del rey Cuniberto, y que aún hoy se llama la basílica de los lombardos. Por dentro está dispuesto á manera de las basílicas, con extremada sencillez; hay tres naves y capillas laterales arruinadas, que tal vez eran otras dos naves, once columnas á cada lado, algunas de ellas griegas y romanas, delgadas si se considera la enorme altura desde el subterráneo al cornisamento. Se cree también de construcción longobarda á Santa María *Foris portam*, restaurada en el año de 800, y se dice

que el palacio de los duques estaba en la plaza de San Justo, donde se encuentra actualmente el de los marqueses Lucchesini. Más antiguo es San Alejandro, aunque no se hace mención de él hasta 1056. En el riquísimo archivo de aquella ciudad se habla, con referencia al año 763, de un pintor llamado Ariperto, al cual por el rey Astolfo fué donado San Pedro Somaldi, que él cedió al obispo Aurideo. También se cree de construcción longobarda á San Juan y el baptisterio que está contiguo; en 778 se menciona á San Miguel, que pudiera ser obra longobarda. Consideran anterior á Carlomagno á Santa María in Campo en Florencia. Las torres longobardas de Ascoli tienen algo del estilo ciclópeo, y sobre una puerta cuadrada se ve un frontón triangular, que también se encuentra destruido.

Nadie creerá que los longobardos trajesen consigo un sistema artístico, ni tampoco arquitectos de su nación; por el contrario, si se hace mención de alguno, su nombre es italiano. Los indígenas trabajaban con arreglo á los tipos que tenían á la vista, pero en el largo tiempo que los longobardos dominaron en Italia no se advierte ningún progreso; de suerte que sus edificios del año 600 apenas se diferencian de los del siglo XI, cuando cedieron el puesto á los normandos, pueblo tan amante del progreso. Las torres de Espoleto se parecen á las de Pavia, y una iglesia edificada fuera de la ciudad, á la cual se sube por una escalinata, tiene adornos de figuras de animales por el estilo de los de San Miguel en Pavia.

También fuera de Italia se destinaban los templos y las habitaciones senatoriales para uso de las iglesias y de los monasterios; las nuevas construcciones participaban á la par del gusto bárbaro y del cristiano, con las formas simbólicas y rituales, y con adornos tomados de ruinas antiguas. San Gregorio fundó en Dijon la iglesia de San Benito, destruida en tiempo de la revolución, donde se elevaban en derredor de un centro común tres galerías circulares, sostenidas por ciento y cuatro columnas de mármol. Lo notable es que los edificios tomaban un estilo uniforme en todos los países de Europa; fenómeno que aparecerá





más patente en tiempo de la arquitectura gótica, y que no sabemos si está bastante explicado con suponer existentes desde aquella época las sociedades de los francmasones.

En la Roma imperial existía ya el gusto de los mármoles variados, y hasta se les daba color artificial y se les doraba, haciéndose también ciertos pavimentos que llamaban grecánicos, de pórfido y serpentina, dispuestos en dibujos en un mármol blanco. Los bizantinos continuaron entregándose á este trabajo; pero no tardó en hacerse lo mismo en otros puntos, y especialmente por los monjes de Italia. Casiodoro habla de mosaicos, y no podemos figurarnos que pertenezca á otra clase de obra la *estatua* que cita Procopio, erigida por los napolitanos á Teodorico, y hecha toda de piedras de distintos colores. Erte arte se empleó ménos para formar pavimentos, que para adornar las paredes, las balaustradas, las cátedras episcopales, por la incrustacion de piedras duras en mármol ricamente esculpido, y á veces revestidas de esmalte ó de oro. Yo me encontré en Roma con un frances, hombre de nota, que reunía para una obra suya monumentos de la edad media, y que no se detuvo en la ciudad eterna más de diez días, diciendo que no había nada allí de aquella época. Bastaba que hubiese abierto los ojos para que advirtiera que en ningun tiempo se interrumpió en Roma la construccion de edificios; pero sobre todo, hubiera podido estudiar allí mosaicos de todas las edades, que serian suficientes para escribir una historia en las artes. El más antiguo es quizá el de Santa Sabina, que se hizo en 424 por disposicion del papa Celestino, y el más notable el de San Apolinar, dentro de Rávena, con figuras de ocho piés de altura, que cubren todas las paredes laterales.

Ni las ciudades que permanecieron griegas fueron las únicas que trabajaron obras en mosaico, pues también se encuentran en las ciudades longobardas; ellos dieron nombre á San Pedro *de cielo de oro* en Pavia, y Luitprando los empleó para adornar la basílica de San Anastasio en Corteolona, cerca del Po. Fuera de Italia no se encontrarían de una época tan remota.

Los vidrios de colores fueron perfeccionados por los bizantinos, cuando la nueva arquitectura exigió cerrar con ellos las ventanas. Las obras de metales preciosos, como las del tesoro de Monza, y la habilidad atribuida en platería á S. Eloy, de París, prueban que ni aun estas artes se habían perdido: sin embargo, las monedas no podían ser más toscas.

Las crónicas hablan frecuentemente de pinturas; Gregorio Magno vió un sacrificio de Abraham representado tan al vivo (*tam efficitur*), que no pudo contener el llanto; Gregorio de Tours refiere que la mujer del obispo Numancio, habiendo hecho construir en los arrabales de Autun la iglesia de San Estéban, quiso que se adornase con pinturas, y llevaba un libro, en el cual leía los sucesos antiguos, indicando á los pintores los asuntos que debían trasladarse á la pared. En aquel mismo siglo pintó Metodio un juicio universal, cuya vista convirtió á Bogoro, rey de los búlgaros; efecto que nunca produjo el de Miguel Angel.

Esta edad es quizá, entre todas las históricas, la más pobre en documentos, pudiéndose apenas, despues de Procopio, citar á Agatías; despues de Pablo el Diácono al anónimo de Valois; á Fredegario despues de Gregorio de Tours. En seguida, y hasta Carlo-Magno, sólo tenemos conjeturas, fundadas en un pequeño número de documentos monásticos, algunas vidas de santos y las recopilaciones de las leyes. Pero estos datos bastan para presentarla como una edad de confusion, hallándose destruido el edificio antiguo, y no estando aún echados los cimientos del nuevo.

El Estado, que todavía usurpaba en Oriente el título de imperio romano, cadáver vestido de púrpura, se sostenía por la admirable situacion de su metrópoli y por la tradicion de las antiguas instituciones; circunstancias á que debió el luchar algunas veces con fortuna contra los bárbaros y los persas. Hizo el mayor esfuerzo de que dieron muestra los romanos, para reconstituir la unidad por medio de un código; pero ¿cómo había de conseguir su objeto, cuando él mismo se encontraba destrozado por discordias intestinas y herejías? No se veían ya los grandiosos combates entre la plebe y el pa-



triciado, entre el Común y el poseedor de un feudo, sino pequeñas parcialidades en favor de conductores de carros ó de eunucos intrigantes: no se trataba de los escrúpulos de conciencias graves, seriamente necesitadas de verdad y de luz, y por lo mismo dignas de respeto, aun en sus extravíos, sino de una intemperancia de dialéctica, que no se ocupaba en el estudio de los dogmas fundamentales, al paso que se entretenía en estudiar puntos secundarios de solucion imposible é inútil aplicacion. Hallábase, sin embargo, tan arraigada aquella manía, que al cabo engendró un cisma, emanado más bien de meros accidentes que de la esencia del cristianismo.

En lugar de aquella monarquía atacada de marasmo, iban trabajando y se desarrollaban en Italia cien pequeñas naciones, distintas por su lengua, sus costumbres, su civilizacion, y á las cuales unía tan sólo un sentimiento indefinible y no obstante común de sustituir á lo pasado. Con los longobardos cesó la afluencia de los pueblos germanos hácia el mediodía de Europa, que comenzó ántes de la era cristiana; y fijando aquellos pueblos residencia, echaron allí raíces y miraron como invasores á los normandos, á los sarracenos y á los húngaros, que los molestaban con sus correrías.

Descompúsose la antigua sociedad germánica, desde que la banda guerrera destruyó la igualdad que formaba su carácter; sin embargo, mantuvo la preeminencia del hombre armado sobre el Común de los bárbaros y sobre los antiguos poseedores, reducidos á colonos ó á siervos. Los invasores eran una mezcla de bueno y de malo, de debilidad y de poder, de sentimientos al parecer contradictorios, porque lo que tenían de natural se alteró demasiado con la expatriacion, y las cualidades de los vencidos no se acomodaban á la naturaleza de los vencedores. Influyeron en el mundo romano con su presencia; pero más aún con las instituciones que le llevaron, aunque éstas se modificasen en virtud de sus relaciones con naciones sometidas.

Mientras que en Roma todo se inmolaba al Estado, los germanos introdujeron el sentimiento de la libertad individual, segun la cual no

hace el hombre sino aquello que él mismo ha deliberado y resuelto. El derecho de poder cada uno obrar como quiera en tanto que no perjudique á los demas, era desconocido de las antiguas sociedades, en las cuales el jefe ó los jefes podían á su antojo coartar la libertad de los particulares, y la autoridad pública disponía legítimamente de todo, y sacrificaba el hombre al ciudadano. Así pues, de los conquistadores emanó el principal elemento de la civilizacion moderna y de los verdaderos progresos, que se extienden desde el trono hasta las paredes del hogar doméstico.

El nombre de romano, que significaba en otro tiempo dominador del mundo, se aplicaba ya como un oprobio á los pueblos subyugados, y sin embargo, la sociedad romana, que hemos visto descomponerse en el siglo precedente, despues de ser vencida y humillada revivió y se abrió paso, corrigiendo y trasformando á los vencedores; conservando en algunos lugares las instituciones municipales, en todos la memoria de las leyes antiguas, y una literatura que hizo adoptar á los conquistadores, á quienes prestó su idioma para escribir las leyes.

La sociedad cristiana contribuyó sobre todo á esta obra. Mientras que se descomponía el imperio romano, ella consolidó su unidad, independiente de los tiempos, de los lugares, de las dominaciones, pues que no tiene por base las cosas accidentales, sino la perpetuidad de las ideas. La oleada de bárbaros destruyó los palacios, pero se detuvo al pié de la cruz. En tanto que la invasion se adelantaba del Norte al Mediodía, la conversion procedía en sentido inverso; aquélla infiltraba nueva sangre en la extenuada sociedad, y ésta la corregía; la una marchaba rápidamente é impelida con fuerza; los progresos de la otra eran lentos, pero seguros. El cristianismo introducía en la sociedad ideas de orden y de paz; predicaba la caridad, el pudor, el deber, la lealtad, el sacrificio generoso; enseñaba á sostener decorosamente las opiniones propias, en la persuasion de que ninguna autoridad de la tierra puede violentar las conciencias; enseñaba también á no degollar á los vencidos, ni privarles de los derechos de la humanidad; y respetadas





de este modo las naciones, y seguras de conservar la libertad personal, resistían con ménos encarnizamiento, y las guerras iban perdiendo su ferocidad antigua.

Los pueblos, viendo sucumbir las demas sociedades, se sentían impelidos á fijar la atención en la única que subsistía y que era la verdadera, á saber, la sociedad de las inteligencias. Antes de la invasión, la Iglesia, sin cohesión ni enlace en lo interior, tenía poco poder fuera, y no ejercía una acción directa sino en el recinto de las ciudades, rigiéndose todo lo demas por el mecanismo antiguo. Al hacerse pedazos éste, desaparecieron los límites entre el poder espiritual y el temporal; ambos se cruzaron, empujaron y corrigieron, empezando la lucha que tan gran movimiento imprimió en la sociedad. Entre tanto los papas reunieron en Cristo á vencedores y vencidos, principio de asimilación moral, que debía ser luégo, despues de Carlo-Magno, principio de equilibrio político; eran los custodios de la justicia social, al mismo tiempo que representaban la unión de los pueblos conquistados contra los conquistadores.

Cuando el desaliento se apoderó de los ánimos, los legos abandonaron todo cuidado de los negocios públicos, ó fueron lanzados de éstos por el desprecio del vencedor; pero el obispo y el sacerdote los reemplazaron; en el fervor de una misión aún nueva, tomaron cuanto iban dejando los otros: la más legítima usurpación de todas; poder moral fundado en la conciencia, en la gratitud, en el sentimiento; único dique que contuvo el torrente de la fuerza material, oponiéndole la idea de una regla, de una ley superior á las leyes humanas, y preservando la libertad de conciencia de todo ataque dado, ya con ayuda de sordas asechanzas, ya con violencia declarada.

Pero tampoco la Iglesia poseía una fuerza exterior suficiente para dirigir el mundo; debía pasar mucho tiempo antes de que los elementos confundidos encontrasen su sitio, y se subordinasen al único principio especial que había de perfeccionarlos. Entre tanto la monarquía, la democracia y la teocracia aparecieron una al lado de otra, obrando cada cual aisladamen-

te, y con toda la energía de fuerza sin resistencia, hasta el punto de poder hacer que se creyese por aquel que sólo consideraba una de ellas, que ésta era la única dominante; prueba de que todas subsistían al mismo tiempo. La monarquía de los bárbaros propendía á imitar la de los romanos y á recoger, á lo ménos poco á poco, la sucesión imperial; los propietarios trataron de formar una aristocracia territorial, el clero participó de ésta y se acercó á aquélla; y aunque de tales sociedades ninguna conoció quizá, ni confesó ciertamente, el fin adonde se dirigía, cada cual era arrastrada, sin embargo, hácia él por la fuerza de las cosas.

De aquí resultó una marcha confusa, que mejor debería llamarse inconsiderada violencia; de aquí la mezcla de todos los elementos; gobierno municipal, eclesiástico, germánico; leyes romanas, canónicas, longobardas, francas, borgoñonas; códigos nuevos que intentaron someter la sociedad á principios generales; razas, lenguas, condiciones, usos, ideas, moralidad, todo diferente. El nómada buscaba un establecimiento y propiedades; el bárbaro aspiraba á despojarse en algo de su tosquedad; el vencido á recobrar algún poder; la Iglesia se colocó junto al trono, pero éste obró á su vez sobre ella, hasta lograr confundir el beneficio con el feudo, el báculo con la espada: el esclavo propendía á convertirse en villano, el leudo á libertarse de los lazos que le unían al señor; las propiedades libres se convertían en beneficios, y los beneficios personales adquirían el carácter hereditario; el patrono quería elevarse á la categoría de señor, el capitán hacerse propietario y luégo príncipe; no bastando el primado entre los pares, se trató de transformarlo en reino; la diferencia de nación no fué suficiente límite para los reinos, pues que los turingios, los daneses y los sajones amenazaban las tierras de los francos, éstos las de los longobardos, los eslavos las de los germanos; la fuerza, no moderada aún por las costumbres, creía poder atreverse á todo, y sin embargo, se hallaba contenida por un límite de verdad, de justicia, de caridad.

De este estado de cosas nacieron días desgraciados, en que el individuo padeció enor-



memente, tanto como en tiempo de las antiguas tiranías; no obstante, la humanidad progresaba, ya extendiendo la civilización á pueblos nuevos, ya introduciendo en su seno otros elementos. Debían pasar siglos antes de que la idea de territorio prevaleciera sobre la de raza; antes de que la legislación dejase de ser personal para ser comun; antes de que la aspereza bárbara se doblegase á otro freno que al de las armas; antes de que la familia, elemento predominante de la edad media, se transformara en el Estado; antes de que variando las armas, las leyes y la administración, resultara nuevamente la unidad nacional de la lenta y laboriosa fusión de todos los elementos con que contribuyó cada una de las sociedades anterio-

res. Así en los lugares en que el mar de Liguria azota la deliciosa ribera del Poniente, las olas se estrellan y retroceden, pero cada una lleva allí un trozo de roca, un alga, una concha; la aglomeración de muchas prolonga la playa; el tiempo las consolida y extiende encima una ligera capa de tierra; la mano del hombre ayuda á ésta á cubrirse de fecundo mantillo; primero echan en ella raíces la pobre alga y la aguda caña, despues el trigo, y por último el olivo y el naranjo, de perpétua alegría; y el hombre que establece allí su deliciosa morada, bendice á Dios, que dirige los progresos lentos, pero seguros, de la humanidad, cuya divisa es tiempo y esperanza.